



Fisonomía de la Rentería antigua

Carece Rentería, por una serie de circunstancias adversas, de esos hitos que la historia, el arte y lo pintoresco, de consuno, legan a la posteridad como el más preciado recuerdo de días pretéritos que, sin embargo, tuvieron, por lo vividos, su momento presente.

No corresponde lo que Rentería es en la actualidad a lo que antaño fué. Los repetidos asedios que sufrió y los subsiguientes incendios que la destruyeron: el hecho absurdo de haber dejado cegar la ensenada de Machingo, y con ella, su puerto; la tónica industrial que ha sido norte de su razón de ser en estos ciento cincuenta últimos años de su existencia, la han desvinculado, por completo, no sólo de su anterior idiosincrasia, sino, además, de las señales que de ella podían —debían— haber quedado.

Es una pena que de sus murallas, sus puertas, sus ermitas, su humilladero, sus fuentes, sus casas solariegas no nos resta nada o tan casi nada, que lo poco que aún se conserva no cuenta; si acaso, algún leve vestigio desfigurado o algún toponímico, que ya no suena a lo que le dió nombre, si es que no se ha perdido hasta éste. ¿Quién puede situar hoy en Rentería la «Atzeko-atía», en cuyo derredor jugábamos no pocos «mukitzus» a principios de siglo? ¿Quién, «Azken-portu», tierra adentro, casi monte arriba? Quizá sea en la iglesia —cuya fábrica es del siglo XVI— donde se condensan los escasos elementos histórico-artísticos que posee Rentería de tiempos atrás.

En cuanto al rincón pintoresco, al remanso sugeridor —único patrimonio, muchas veces, de las ciudades pobres en recuerdos de otrora—, ése, tampoco lo tenemos en nuestra Villa, por aquello de su desordenado y canceroso crecimiento, tenido lugar entre humos, ruidos, estrecheces y malos olores. ¿Dónde quedará ya la «Zumardiaundi», la arboleda de «La Fandería» o el miradero de «Capuchinos»? Pasmará la catastrófica, incomodísima e inconcebible urbanística renteriana actual a las gentes de dentro de un siglo, como a nosotros la no menos absurda desaparición —fácil escamoteo entre espíritus romos— de su famoso puerto.

Esta es la razón por la que no pocos renterianos han abierto la boca y los ojos ante el gran mural pintado por Crisanto Santa Marina para la nueva sucursal de un establecimiento bancario en nuestra Villa. No se imaginaban, sin duda, así como ante ellos surge en la pintura, la Ren-

tería de sus mayores. De seguro que ni idea tenían de lo que pudo ser.

Sin embargo, como el pintor la ha representado fué, hace unos trescientos años; en aquel período comprendido, más o menos, entre el asedio a que en 1512 la sometieron las fuerzas del Conde de Angulema y el Duque de Montpensier; luego Francisco I, en que, según se lee en un informe que se guarda en el Ayuntamiento, «quemaron la villa y la saquearon y robaron lo que pudieron y se quemaron todas las casas, menos la de Martín Pérez de Gabiria y la de Joan de Zubieta, y la casa antigua del Capitán Martín de Rentería, que pudo salvar la gente que vino de Pasajes y Lezo, cuando salió el francés», y el de 1638, por las tropas del Príncipe de Condé, del que afirma Gorosabel, cómo «en toda su jurisdicción sólo quedaron a salvo once casas».

Pero, aparte el valor histórico-iconográfico que posee este mural, por encima de lo que esa ventana abierta supone en el asomarse a ella de los renterianos para contemplar su «choko» en un ayer desconocido hasta hoy, una Rentería llena de encanto, el mural de Santa Marina tiene la calidad de una auténtica obra de arte, que no deben de olvidar los amantes del pueblo. No está nuestra Villa tan llena de manifestaciones artísticas como para que no se estime este espléndido regalo en todo su intrínseco valor.

Porque está concebida la pintura con el concepto exacto de lo que debe ser un mural, y ejecutada, con la gracia alada de quien domina el arte de la pintura. Si entonada en gamas suaves, acordes a la luz y ambiente que la rodea, lo suficientemente detallada —y desenfocada— en el «gran angular» que la panorámica es. Todo justo, preciso, cabal; sin anamorfósicas deformidades ni chocarreras genialidades; todo medido y ponderado, menos una cosa: el sentimiento del artista, que, desbordado en su obra —«ex-abundantia cordis»—, ha conseguido aureolarla con una fuerte dosis de poesía.

Ya está bien que, en «la pequeña Manchester», cargada de humos, vahos y ruidos, exista este remanso artístico. Se lo debemos a su creador, el pintor Santa Marina, y al Banco de Vizcaya, que ha hecho posible su realización.

V. COBREROS URANGA